

NEW LEFT REVIEW 80

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO JUNIO 2013

ENTREVISTA

G. M. TAMÁS Palabras desde Budapest 7

ARTÍCULO

RÉGIS DEBRAY ¿La decadencia de Occidente? 31

POLÉMICA

ASEF BAYAT Malos tiempos para la revolución 49

TARIQ ALI Entre el pasado y el futuro 65

ARTÍCULOS

PETER NOLAN Archipiélagos imperiales 81

BENEDICT ANDERSON Los no galardonados 101

SVEN LÜTTICKEN El *performance art* después de la tv 113

CRÍTICA

KOZO YAMAMURA Estancamiento sistémico 138

KHEYA BAG La dinastía de Delhi 147

IAN BIRCHALL Descubrir el Tercer Mundo 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

BENEDICT ANDERSON

LOS NO GALARDONADOS

Notas sobre el Premio Nobel de Literatura

LA DECISIÓN DE conceder el Premio Nobel de Literatura del 2012 al novelista chino Mo Yan plantea de nuevo el delicado tema de los patrones de distribución mundial de este galardón. En casi todos los países, por supuesto, la concesión de premios literarios ha estado típicamente contaminada por la política nacional, la formación de camarillas literarias, las convicciones religiosas, los prejuicios raciales, los dobles raseros y las ideologías del periodo. ¿Es esta la razón principal por la que, en 110 años de proclamación de ganadores del Nobel de Literatura, nunca ha habido un galardonado de algún país del sudeste asiático, mientras todas las demás regiones han tenido su turno?

La historia del premio puede dividirse en tres partes: la época de la dominación mundial por parte de las potencias de Europa Occidental, la Guerra Fría y la actual era de la globalización. Durante el primer periodo, entre 1901 y 1939, casi todos los premios fueron otorgados a escritores de Europa Occidental, clasificados en el siguiente orden: seis para Francia; cinco para Alemania, y tres para Suecia, Italia, Noruega y Estados Unidos, respectivamente. Reino Unido, España, Polonia, Irlanda y Dinamarca recibieron dos cada uno, y Bélgica, Finlandia, Rusia, Suiza e India (véase Cuadro 1) solo obtuvieron uno. El favoritismo regional, por lo tanto, estaba muy claro: los escandinavos recibieron la tercera parte de los premios. Pero entre ellos solo el noruego Knut Hamsun era un autor de talla mundial. Tagore, perteneciente a la India colonial, fue una rareza interesante, el único galardonado (1913) representante de una colonia, y la «estrella» solitaria de Asia hasta 1968, cuando lo obtuvo el japonés Kawabata. Los estadounidenses no empezaron a

ganar hasta la turbulenta década de 1930, dos de ellos después de la subida de Hitler al poder, y eran de un calibre bastante bajo. Al mismo tiempo, un importante país europeo fue espectacularmente discriminado: Rusia/URSS. Antes de la revolución de Lenin, la discriminación se basaba en su tradicional rivalidad con Suecia y el desprecio que este último país sentía hacia la Rusia imperial; después de 1919, el comunismo se convirtió en el factor clave. Característicamente, el único ganador ruso, Ivan Bunin, vivía exiliado en París. En los últimos años del zarismo, el anciano gigante Tolstoi no fue tenido en cuenta, quizá por su radical tendencia «anarquista», al igual que Chéjov y el poeta Alexander Blok. Más tarde, el gran dramaturgo Bulgakov, los poetas Mayakovski y Mandelstam y los novelistas Gorki, Andréiev y Zamiatin fueron pasados por alto.

El comité del Nobel está compuesto por cinco de los dieciocho miembros que forman la Academia Sueca, un organismo permanente, de creación real, cuyos miembros ocupan el cargo de manera vitalicia, con el deber principal de mejorar «la pureza, el vigor y la majestad» de la lengua sueca. El comité prepara una lista a partir de los candidatos presentados por importantes organismos académicos y literarios de todo el mundo, incluida la propia Academia y los laureados vivos, para que los dieciocho miembros elijan por mayoría en sesión plenaria. No sorprende, por lo tanto, que el gusto literario de la Academia fuese conservador. Sus miembros no tenían tiempo para los poetas surrealistas o grandes vanguardistas experimentales como Proust, Joyce, Musil, Brecht, Rilke, Cavafis, Benjamin, Roth (Joseph), Woolf, Lorca o el propio dramaturgo «escandaloso» de Suecia, August Strindberg¹. La dedicación testamentaria de Nobel al trabajo con una inclinación «ideal» o «idealista» descalificaba a algunos de ellos, y a otros como Ibsen o Zola, Hardy, Lawrence o Dreiser; y al mismo tiempo ayudaba a modelar uno de los géneros más mediocres de la literatura del siglo xx, los propios elogios oficiales del Nobel, con su insípido humanismo

¹ El sentimiento popular en Suecia se oponía directamente a la Academia, y en 1912 Strindberg recibió lo que acabó siendo conocido como el Antinobel, una cantidad de 50.000 coronas recolectadas en pequeñas aportaciones mediante el llamamiento público a honrar al dramaturgo, anarquista ardiente que en 1884 había elaborado un plan para asesinar al rey del país. El premio fue entregado por el líder socialdemócrata sueco Hjalmar Branting, tras una masiva procesión de trabajadores a la luz de las antorchas para celebrar el sesenta aniversario de Strindberg. (Véase *Strindberg's Letters*, vol. 2, editado y traducido al inglés por Michael Robinson, Londres, 1992, p. 790).

traducido en acumulaciones de clichés que llenarían de vergüenza las páginas literarias de cualquier periódico de provincias que se precie. Asimismo, hay que reconocer también que en aquellos años los conocimientos de lenguas extranjeras en el comité eran muy limitados, y las traducciones de obras literarias modernas escritas en lenguas no europeas, muy pocas. Este obstáculo estructural explica sin duda por qué China (Lu Hsün, por ejemplo, o Lu Ling) y Japón (Soseki, Akutagawa, Tanizaki) no eran candidatos posibles al Nobel.

La época de la Guerra Fría exhibió patrones muy distintos. Entre 1940 y 1943, los años decisivos de la Segunda Guerra Mundial, no se concedieron premios. Pero a partir de 1944, el comité se vio inevitablemente afectado por el hundimiento del imperialismo europeo y el enfrentamiento entre la Unión Soviética y Estados Unidos por la preeminencia mundial, que dividió a Europa en dos bloques hostiles. Las colonias podían pasarse por alto, pero los nuevos Estados-nación independientes, con asiento en la Asamblea General de Naciones Unidas, no. El orgullo de Europa por su superioridad cultural, en su nueva era de decadencia política y económica, sobre el «provinciano» Estados Unidos, provocó un gran aumento del deseo —especialmente en Londres y París— de traducción y publicación de textos literarios importantes de fuera de Europa. A su vez, la posición y la perspectiva de Suecia eran muy distintas a las de preguerra. El país se había mantenido neutral entre el Eje y las potencias aliadas, mientras que Dinamarca y Noruega fueron ocupadas por los ejércitos nazis, y esta neutralidad produjo el menosprecio de los Aliados, vencedores de 1945. Los horrores cometidos por el régimen de Hitler en nombre del racismo y de la superioridad aria debilitaron enormemente el prestigio del nacionalismo derechista (incluida la literatura de esa tendencia) en toda Europa. Durante la mayor parte de la Guerra Fría, Suecia rediseñó su neutralidad de modos nuevos. Desarrolló la sociedad socialdemócrata más avanzada del mundo e intentó presentarse como una tercera vía entre el despiadado capitalismo estadounidense y el despiadado socialismo de Estado soviético. Aproximarse a los países del «Tercer Mundo» era una buena forma de establecer la nueva reputación de Suecia como país moderadamente izquierdista, amante de la paz, especialmente fecundo en altos cargos para Naciones Unidas.

CUADRO I: *Distribución de los Premios Nobel de Literatura, 1901-2012*

<i>Núm. de laureados</i>	<i>País</i>	<i>Laureados</i>
1901-1939		
6	Francia	Prudhomme, Mistral, Rolland, France, Bergson
5	Alemania	Mommsen, Eucken, Heyse, Hauptmann, Mann
3	Suecia / Italia / Noruega / EEUU	Lagerlof, Heidenstam, Karlfeldt / Carducci, Deledda, Pirandello / Björnson, Hamsun, Undset / Lewis, O'Neill, Buck
2	Reino Unido / España / Polonia / Irlanda / Dinamarca	Kipling, Galsworthy / Echegaray, Benavente / Sienkiewicz, Reymont / Yeats, Shaw / Gjellerup, Pontoppidan
1	Bélgica / Finlandia / Rusia / Suiza / India	Maeterlinck / Sillanpää / Bunin / Spitteler / Tagore
1944-1991		
6	Francia	Gide, Mauriac, Camus, Perse, Sartre*, Simon
5	EEUU	Faulkner, Hemingway, Steinbeck, Bellow, Singer
4	Reino Unido / URSS	Eliot, Russell, Churchill, Golding / Pasternak, Shólojov, Solzhenitsin, Brodsky
3	Suecia / Alemania / España	Lagerkvist, Johnson, Martinson / Hesse, Sachs, Böll / Jiménez, Aleixandre, Cela
2	Italia / Chile / Grecia	Quasimodo, Montale / Mistral, Neruda / Seferis, Elytis
1	Polonia / Dinamarca / Irlanda / Islandia / Yugoslavia / Israel / Guatemala / Japón / Australia / Bulgaria / Colombia / Checoslovaquia / Nigeria / Egipto / México / Sudáfrica	Miłosz / Jensen / Beckett / Laxness / Andric / Agnon / Asturias / Kawabata / White / Canetti / García Márquez / Seifert / Soyinka / Mahfouz / Paz / Gordimer
1992-2012		
3	Reino Unido	Naipaul, Pinter, Lessing
2	Alemania / China	Grass, Müller / Gao, Mo
1	Santa Lucía / EEUU / Japón / Irlanda / Polonia / Italia / Portugal / Hungría / Sudáfrica / Austria / Turquía / Francia / Perú / Suecia	Walcott / Morrison / Oe / Heaney / Szymborska / Fo / Saramago / Kertész / Coetzee / Jelinek / Pamuk / Le Clézio / Vargas Llosa / Tranströmer

* Sartre, galardonado en 1964, rechazó el premio.

Entre 1944 y 1991 se concedieron cincuenta Premios Nobel de Literatura, y su distribución fue muy distinta de la de la época anterior. Entre 1901 y 1939 habían obtenido Premios Nobel quince países, mientras que durante la Guerra Fría los consiguieron veintiocho. Francia, con seis ganadores (aunque Sartre lo rechazó), seguía siendo el primero, pero por muy poco. Seguían Estados Unidos, con cinco; Reino Unido y la URSS, con cuatro cada uno; Suecia, Alemania y España, con tres; e Italia, Chile y Grecia, con dos. Polonia, Dinamarca, Irlanda, Islandia, Yugoslavia, Israel, Guatemala, Japón, Australia, Bulgaria, Colombia, Checoslovaquia, Nigeria, Egipto, México y Sudáfrica tenían un solo premio. En esta lista podemos ver que el bloque escandinavo de preguerra había disminuido drásticamente. Por otro lado, la mirada de Estocolmo abarcaba ahora hasta el este asiático, Oriente Próximo, Centroamérica y Sudamérica, África y Australia; solo el sudeste asiático seguía siendo invisible. La política del comité había experimentado cambios importantes. Lo primero que debe observarse es que discriminaba a los autores de derechas: Céline y Malraux en Francia, Borges en Argentina, Mario Vargas Llosa (al que no perdonaron hasta 2010), Evelyn Waugh y Anthony Powell, por ejemplo. La ridícula excepción fue Winston Churchill. Por otra parte, izquierdistas independientes como Sartre, e incluso comunistas como Neruda, no tenían problemas, siempre que no procediesen de la URSS o de la RPCh. Shólojov fue un caso aislado, inmediatamente después del deshielo relativo de los años de Jruschov: los otros tres rusos eran disidentes y/o exiliados.

El otro gran cambio fue la posición comparativa de las lenguas. En el mundo anterior a la guerra, alemán, francés e inglés eran las lenguas de prestigio en la vida real y en la «literatura mundial». Pero después de 1945 Alemania quedó dividida en dos, y la germanofobia estaba generalizada. El prestigio lingüístico de Francia entró en una lenta decadencia. El «inglés» en sus diversas formas estaba adquiriendo una abrumadora hegemonía mundial. Es asombroso que, aunque Francia siguiese siendo la receptora de más premios, ninguno de sus ganadores procediese del ex imperio francés de ultramar en Indochina, África Occidental, el Magreb o el Caribe. Por el contrario, a los dominios y a las excolonias de Reino Unido les fue muy bien: White, por Australia; Beckett y más tarde Heaney, por Irlanda; Soyinka, por Nigeria; Nadine Gordimer (y después Coetzee), por Sudáfrica y, finalmente, Derek Walcott, por las Antillas Británicas (Santa Lucía). Los escritores exiliados o migrados a Estados Unidos o Reino Unido también escribían en inglés: Miłosz, que

había huido a Occidente treinta años antes de recibir el Nobel; Brodsky; Canetti, que había dejado Bulgaria para trasladarse a Gran Bretaña a los seis años; etcétera. Una continuidad con la época anterior, sin embargo, fue que se pasaron por alto autores muy admirados hoy en día por los críticos de muchos países: por ejemplo, el japonés Abe Kobo, los rusos Nabokov y Ajmátova, el angloestadounidense Auden y el británico Graham Greene.

En los casi veinticinco años transcurridos desde el fin de la Guerra Fría observamos interesantes novedades. En primer lugar, el fin de la autoridad francesa (un premio), de la hegemonía estadounidense (un premio), del prestigio ruso (ningún premio). Un galardón han obtenido las Antillas anglófonas, Estados Unidos, Japón, Polonia, Italia, Portugal, Hungría, Sudáfrica, Austria, Turquía, Irlanda, Francia, Perú y... Suecia. Las excepciones vuelven a darse en Alemania (dos premios: Günter Grass y Herta Müller, aunque no Hans Magnus Enzensberger) y China (dos, con Mo Yan y Gao Xingjian, aunque el segundo, ganador en 2000, se había asentado en Francia a finales de la década de 1980). Reino Unido se sitúa a la cabeza, con tres premios, aunque de los ganadores británicos, solo Harold Pinter era nativo, mientras que V. S. Naipaul procede de las Antillas y Doris Lessing creció en Rodesia.

El único que falta

¿Y el sudeste asiático? Desde el punto de vista estructural, la región ha sido excepcionalmente variada: sin lengua dominante, ni unanimidad religiosa, ni potencia política hegemónica. En la época colonial, partes de la misma estuvieron dominadas por imperialistas británicos, franceses, holandeses, españoles, portugueses y estadounidenses. Gabriel García Márquez podía representar a una América Central y del Sur en gran parte católica y hablante de español; Walcott, al Caribe (ex británico); Tagore, al sur de Asia (ex británico); Naguib Mahfouz, al Oriente Próximo islámico; Wole Soyinka, a África (donde el imperialismo británico fue el más poderoso); y quizá Orhan Pamuk, a la Turquía de Europa. Pero ningún escritor del sudeste asiático podía contar con convertirse en símbolo de toda la región. Durante la Guerra Fría, la zona estuvo inusualmente desgarrada desde el punto de vista ideológico y militar. Casi todos sus países experimentaron largos periodos de conflicto armado entre comunistas y anticomunistas, que llevaron al establecimiento de dictaduras

de derechas o militares en Filipinas, Tailandia, Indonesia, Singapur y Birmania, y al triunfo del comunismo en tres países de Indochina.

También se ha producido una grave pérdida de una «gran lengua» en la región a lo largo del siglo xx. Estados Unidos se aseguró de que el español prácticamente desapareciese de Filipinas, Indonesia pronto abandonó el holandés, la Birmania militarizada se deshizo del inglés, e Indochina apartó el francés durante dos generaciones. El contraste con África es asombroso: la mayoría de los países de ese continente que fueron antiguas colonias conserva las lenguas imperiales como lenguas de Estado, a pesar de promover las lenguas locales como símbolo de nacionalismos particulares. Por esta razón, era improbable que los escritores del sudeste asiático dispusieran de aliados enérgicos en Europa, el hemisferio occidental o incluso el mundo islámico. Merece la pena señalar una última curiosidad: Indonesia, con creces, el mayor Estado-nación del sudeste asiático, fue colonizado por Holanda, la más pequeña y menos significativa de las potencias imperialistas europeas, con un idioma usado solo por sus propios ciudadanos. Peor, o mejor aún, Holanda nunca ha ganado un Premio Nobel, lo que la sitúa a la par que los otros perdedores permanentes en Europa: Albania y Rumanía (si asignamos Canetti a Bulgaria). De esa forma, La Haya no estaba en posición de presionar con fuerza a favor de Indonesia, aunque hubiese querido.

Podríamos haber esperado que las grandes potencias coloniales apoyasen a escritores de sus antiguas posesiones. Pero a París le interesaban más el África Occidental ex francesa, el Magreb ex francés y el Caribe todavía francés que el remoto Vietnam, que había derrotado a Francia en una larga y mortífera guerra de liberación. Estados Unidos, siempre con complejo de inferioridad cultural respecto a Europa, prefería contar como ganadores del Premio Nobel «estadounidenses» a exiliados cuyas credenciales literarias ya eran muy elevadas y que habían obtenido la ciudadanía estadounidense (el polaco Miłosz y el ruso Brodsky). Filipinas fue completamente olvidada y menospreciada, a pesar de que allí la lengua dominante era la «estadounidense». Londres tenía muchas otras opciones aparte de esta, debido al tamaño y a la difusión de su antiguo imperio –los múltiples ex dominios (Australia, Sudáfrica, Canadá, Nueva Zelanda) además de lugares como Nigeria, Ghana, India, el Caribe, Pakistán, etcétera –de modo que Malasia y Singapur, que conservaban el inglés como lengua oficial, no se consideraban importantes.

¿Y respecto a los efectos de la nacionalización lingüística en el sudeste asiático? Estas nacionalizaciones se efectuaron, en su mayoría, para alcanzar la solidaridad nacional, pero casi siempre la decisión respecto a cuál debería ser la lengua «nacional» tuvo el efecto de favorecer el poder de grupos lingüísticos, demográficos o políticos determinados. Los birmanos y los vietnamitas tenían en sus manos todas las cartas –enorme número de habitantes, densidad geográfica, educación superior, poder político– para que la decisión de nacionalizar el birmano y el vietnamita fuese «natural», aunque supusiese la marginación de muchos «grupos minoritarios». Bangkok no tenía ese dominio «natural», de modo que la imposición del «tai de Bangkok» solo podía alcanzarse por medios autoritarios. Al terminar la colonización estadounidense, el mayor grupo lingüístico de Filipinas hablaba varios dialectos de cebuano, pero el tagalo, hablado por los habitantes de la capital y de regiones circundantes, tuvo que imponerse mediante coerción, con distintos resultados. Se produjo una resistencia desde múltiples frentes, a favor del cebuano o el inglés estadounidense como lengua franca. En Malasia, también hubo que imponer a la fuerza el malayo de los malayos políticamente dominantes, pero a él se han resistido los chinos, los indios y los pueblos «norborneanos», que hablan lenguas de origen extranjero (China, India) o una lengua franca (inglés).

El único país que ha alcanzado una lengua nacional indiscutida y que es al mismo tiempo su lengua franca es Indonesia. Desde el punto de vista literario, es difícil encontrar un escritor indonesio importante que no use automáticamente este *bahasa Indonesia*, si bien con inflexiones locales. La lengua no favorece a ningún grupo específico. De ahí la variedad étnica del conjunto literario nacional: Kwee Tima Tjing (chino hokkien), Iwan Simatupang (toba batak), Chairil Anwar (minangkabau de Medan), Amir Hamzah (malayo), Pramoedya Ananta Toer (javanés), Eka Kurniawan (sundanés), Putu Widjaja (balinés), etcétera. Por mi limitada experiencia, creo que Indonesia es, desde el punto de vista literario, el país más creativo del sudeste asiático precisamente porque ha fusionado lengua franca e idioma nacional de manera no coercitiva. Por contraste, la imposición coercitiva (por parte de políticos ignorantes y burócratas) fomenta un absurdo neotradicionalismo, además de un rechazo hostil. De ahí que las minorías significativas prefieran escribir en inglés, con la intención de rechazar el neotradicionalismo, pero también de llegar a un público internacional quizá acogedor.

Pero cualquier nacionalización significa también aislamiento. Ninguna de las lenguas del sudeste asiático tiene aura transnacional. El sistema planetario se asegura de que el birmano, el vietnamita, el lao, el tai, el jemer, el tagalo e incluso el malayo sean solo para los «usuarios» locales. Incluso en el caso del *bahasa Indonesia* y el *bahasa Melayu*, parientes cercanos, los indonesios rara vez leen literatura en malayo –que tienden a considerar provinciana y anticuada, así como «étnica»– mientras que los malayos de Malasia tienden a considerar el «indonesio» de Indonesia una amalgama caótica de muchas lenguas. Por lo que no es probable que se dé una solidaridad de cara a Estocolmo. El aislamiento significa también que cualquier oportunidad de obtener el Premio Nobel exija la traducción a las «grandes lenguas» que los suecos puedan manejar. Pero las ignorantes y nacionalistas elites dominantes no leen por lo general buenas obras literarias, y rara vez piensan en formar traductores verdaderamente buenos. La traducción no se entiende como un arte, sino simplemente como una técnica. Una de las razones por la que grandes escritores latinoamericanos consiguen Premios Nobel es que hay un grupo de traductores profesionales bilingües (español-inglés) de primera clase, ampliamente respetados. El sudeste asiático, como región, y como grupo de países individuales, no tiene nada similar.

Contendientes

¿Ha habido algún posible candidato al Nobel en el sudeste asiático? No soy competente para decir algo decisivo a este respecto. El héroe nacional de Filipinas, José Rizal –con seguridad la mayor figura literaria producida por este país–, fue ejecutado por los españoles en 1896, cinco años antes de que empezasen a concederse Premios Nobel. Si hubiese vivido hasta los sesenta años, ¿habría tenido una oportunidad? Pienso que no, a pesar de escribir en una de las lenguas «importantes», porque ningún escritor seriamente antiimperialista de cualquier colonia era aceptable hasta después de la Segunda Guerra Mundial (los Premios Nobel solo se conceden a autores vivos). La maravillosa poesía mística islámica creada por el aristócrata malayo de Medan, Amig Hamzah, en la década de 1930 nunca habría sido tomada en serio en Estocolmo, y el poeta «se fue» enseguida, asesinado por «revolucionarios» criminales el año siguiente a la declaración de independencia de Indonesia. Su obra es excepcionalmente difícil de traducir, en buena medida por su inclinación religiosa, y –que yo sepa– nunca lo ha sido profesionalmente. Ni el Estado colonial holandés ni la República de Indonesia han hecho mucho

por reconocerlo. Pero es posible imaginar que, de haber sido bien traducidos al francés o al inglés, los poemas podrían, en principio, haber triunfado después de la Guerra Fría, si hubiera seguido vivo.

La última «posibilidad» es seguramente la de Pramoedya Ananta Toer, cuyo nombre empezó a ser presentado por sus defensores en Europa a partir de la década de 1980. Nadie va a negar que Pramoedya es probablemente el mayor prosista en *bahasa Indonesia*, con una extraordinaria producción de novelas, relatos cortos, obras teatrales y ensayos de crítica literaria en un periodo de cuarenta años, aproximadamente 1948-1988. Si alguien intentase explicar por qué el comité de Estocolmo lo pasó por alto repetidamente, podría ofrecer una serie de argumentos. Primero y ante todo, su actitud política como activista en la revolución independentista indonesia y, más tarde, izquierdista independiente que escribió siguiendo la línea del realismo socialista. A comienzos de la década de 1960, atacó con regularidad a otros escritores e intelectuales indonesios por su actitud reaccionaria en política y su apego a Occidente. Varios de sus escritos fueron rápidamente traducidos al chino, al ruso y a algunas lenguas menores de Europa Oriental y de miembros no rusos de la URSS. Pero aunque lo hubieran traducido al inglés, nunca habría sido aceptable para Estocolmo, en buena parte porque el Partido Comunista de Indonesia (en el que de hecho no militaba Pramoedya) era el mayor fuera del bloque comunista.

Podríamos pensar que las posibilidades de Pramoedya mejorarían en 1980, dado que había pasado los años 1966-1979 en el archipiélago de prisiones creado por la dictadura de Suharto tras la enorme masacre de comunistas y «comunistas» en 1965-1966. Más aún puesto que consiguió escribir las famosas novelas del *Cuarteto de Buru* durante sus años en el campo de concentración en la remota isla de Buru. De hecho, todas sus obras estuvieron prohibidas durante los treinta y dos años de gobierno de Suharto, e incluso hoy siguen técnicamente proscritas, aunque la prohibición solo se ha aplicado raramente. Pero, por lo que yo sé, nunca ha habido un galardonado con el Nobel que haya pasado tantos años en la cárcel (sin haber sido juzgado siquiera por delito alguno). También es probable que Pramoedya saliese desfavorecido por viejos amigos que decidieron apresurar una traducción del *Cuarteto de Buru* al inglés, esencialmente por razones políticas y de derechos humanos, encargándosela a un activista australiano que no era competente para la tarea. El estilo prosístico de Pramoedya es distinto al de cualquier otro

escritor indonesio, y su humor negro es especialmente difícil de verter al inglés. Asimismo, sus principales obras –la colección de relatos extraordinarios escrita a partir de la década de 1950– quedaron en gran parte sin traducir. Terminada la Guerra Fría, ganó un Premio Magsaysay (1995) y el gran Premio Fukuoka (2000), pero ambos fueron recibidos con implacable hostilidad por la clase dominante de Indonesia y muchos de los *littérateurs* e intelectuales anticomunistas de este país. Solo después de su muerte ha sido aceptado como el mayor escritor moderno del país. Demasiado tarde para Estocolmo...

Esta es una versión ampliada del «Prefacio» a Nor Faridah Abdul Manaf y Mohammad Quayum (eds.), *Imagined Communities Revisited: Critical Essays on Asia-Pacific Literatures and Cultures*, Kuala Lumpur, 2011.

